

## ALREDEDOR DEL PAPEL DEL FILÓSOFO EN COLOMBIA

Para evitar que la discusión sobre *cuál debe ser el papel del filósofo en Colombia en nuestros días* se pierda en divagaciones sobre las características de un filósofo ideal, del filósofo por excelencia para Colombia —ya que la pregunta misma podría llevarnos a tal situación si no se le aborda con cuidado—, me parece importante que admitamos la pertinencia de afrontar dos cuestiones. La primera hace referencia al papel que juega actualmente el filósofo en Colombia: antes de estudiar la cuestión de cuál debe ser la labor del filósofo nos deberíamos ocupar de la cuestión de cuál es la labor, el papel que en este momento juega el filósofo en la sociedad colombiana. Si señalé en un principio que podríamos ser llevados a divagaciones y ensueños es porque nos podríamos ver tentados a proponer lo que debe hacer el filósofo en las actuales circunstancias, sin tener en cuenta las posibilidades concretas de realización de dichas propuestas. La segunda hace referencia a las condiciones históricas que han propiciado la relación filósofo-sociedad; es importante tener en cuenta cuáles han sido las posiciones asumidas por los filósofos colombianos ante la realidad de su tiempo, el desenvolvimiento y marcas características de la Filosofía en Colombia.

El reconocimiento de la importancia de la historia de la Filosofía en Colombia, no sólo en lo referente a los contenidos temáticos sino en cuanto a la interacción del filósofo en su entorno social, nos pone ante la tarea de pensar seriamente en la investigación en este campo para asumir posición en el debate,

Reconozco que mi conocimiento sobre el pasado de la filosofía en Colombia es mínimo, y por ello no pretendo en este ensayo ni diagnosticar exhaustivamente el estado de la filosofía en el país, ni hacer propuestas a gran escala de lo que debe hacer el filósofo ante la actual crisis, aunque acepto que es una cuestión que merece ser abordada con toda la seriedad y profundidad posible<sup>1</sup>. Sobre este último punto sólo podría decir que estoy de acuerdo con las generalidades que se han mencionado en los otros ensayos sobre la responsabilidad del filósofo en una educación dirigida hacia la crítica y no a la acumulación del conocimiento, sobre su injerencia en los problemas éticos y en la filosofía política.

Sin embargo me gustaría detenerme un poco en lo dicho por Alonso Díaz<sup>2</sup>, sobre todo en lo que se refiere al problema del giro educacional del aprendizaje por acumulación y repetición de conocimiento a un aprendizaje crítico y reflexivo. Dicho giro educacional me parece algo que sí se necesita en la educación colombiana, pero no creo que sea algo de lo que carezcan todos los centros educativos; es más, dudo mucho que exista un PEI (proyecto Educativo Institucional) que en el papel no contemple la *formación integral* del estudiante del plantel, que abarque el énfasis en el incentivo al pensamiento propio y al desarrollo de las capacidades creativas y críticas del mismo; lo cierto es que en muchos de los colegios de la capital la *formación integral* se acerca en unos casos a la producción de *pan integral*. Con la proliferación de centros educativos particulares el centro de gravedad se desplaza de la formación al



**CAMILO  
GARAVITO**  
Universidad  
Nacional

<sup>1</sup> Y espero que el diálogo sobre el papel del filósofo en la sociedad colombiana actual se desarrolle en otros espacios tanto como para debatir como para conocer las dimensiones del problema.

<sup>2</sup> ¿Cómo debería ser una verdadera educación filosófica? Artículo publicado en el primer número de esta revista.



lucro, el estudiante no es visto ya como sujeto de formación personal sino como el medio para hacerse al dinero de los padres. No se necesita ser un experto conocedor de la problemática de la educación en Colombia para percatarse de esto (sin mirar las causas de tal situación lo que sí merecería un estudio más minucioso). A lo que me interesa apuntar en esta cuestión es que para contestar la pregunta: ¿cómo debe ser una verdadera educación filosófica? necesitamos contestar esta otra: ¿en dónde? Es decir, por ejemplo, ¿cómo debe ser una verdadera educación filosófica en los planteles educativos que ya no son el lugar donde el joven se libra de caer en la drogadicción y en la delincuencia para consagrarse a una labor formativa académica? Lo anterior para el caso de la educación secundaria. Una vez más no voy a contestar la pregunta (¡la pequeña pregunta!), pero creo que si se continua el debate, podremos irnos acercando a hacerlo.

Teniendo en cuenta las salvedades hechas en un comienzo voy a referirme a una cuestión, digamos, elemental pero importante. Creo que una de las marcas características de la filosofía es que sobre un mismo objeto de estudio se presentan varias visiones y explicaciones; también se cuestiona si es propiamente un objeto de estudio para la filosofía aquello de que se ocupan otros filósofos. Encontramos que unas y otras posturas son fuertes y defendibles, aunque también criticables, donde el objeto mismo se configura de acuerdo al (los) método(s) adoptado(s) (y esto también podría ser discutible). Encontramos esfuerzos por reconciliar ámbitos que otros filósofos consideran irreconciliables de principio. Esta situación lleva a un pluralismo basado en la *crítica y la reflexión*, en intentar develar la dificultad del problema. Pero, a mi parecer, en nuestro medio social esta actitud debe ser mantenida mínimamente por el filósofo, y por el estudiante de filosofía. Los grandes pensadores de la filosofía se han ocupado del medio social que los rodea, y lo han hecho desde diferentes perspectivas. Para algunos pensadores una de las labores del filósofo (y de los intelectuales en general) es estudiar y explicar cuál es el núcleo de la crisis del país, dar razón de sus antecedentes y causas; la misma clarificación del lenguaje (ámbito central en la filosofía), el estudio del uso de los conceptos, es una labor importante en una sociedad donde una de las manifestaciones del conflicto es precisamente la ambigüedad (que también es aprovechada) de los términos sobre los cuales se quiere llegar al acuerdo.

Términos como Paz y Tolerancia se han hecho corrientes en la vida nacional, y con ello también sus significados se multiplican. Esto a mi parecer lleva a que los términos se hagan difusos, vagos, a que todos estemos de acuerdo en que queremos paz y tolerancia y que sin embargo pensemos y queramos cosas diferentes. Cuando alguien dice que quiere paz, solemos decir que es legítima tal petición, y esto puede significar que querer paz es que la guerra se mantenga distante de mi círculo social, también puede entenderse como la entrega de las armas o la satisfacción de las necesidades básicas de la población. Así también, el término tolerancia es usado de muchas maneras; ser tolerante ante la opinión de otro es comúnmente dejarlo hablar para luego actuar como si él no hubiera dicho nada, y esto tiene dimensiones en todos ámbitos de la vida nacional.

Me parece importante señalar que si bien podríamos pensar que la filosofía no tiene que dirigirse *inmediatamente* a resolver la situación del país (como le compete al



político) y aun si pensamos que la filosofía no debe ocuparse de las causas de la crisis, no por ello debemos reducir nuestras apreciaciones sobre la situación del actual a juicios infundados o admitidos sin mayor reflexión, tal como haría el común de la gente. Creo que el filósofo está más cerca de comprender la problemática del ser humano que un ingeniero, y como mínimo deberíamos mantener una posición menos indiferente, atendiendo además a la doble connotación que puede tomar la pregunta: la labor del filósofo como tal y la labor del filósofo como ciudadano. La crítica y la reflexión podría encaminarse a cuestionar nuestra indiferencia o para justificarla si la creemos justificable. El que encontremos pegados en cualquier lado avisos como «Aquí NO se habla de la situación del país... Aquí estamos bien y mejorando» es más que sintomático de la distancia que toma la gente de los problemas del entorno social. Uno puede estar «bien» —o bueno, por lo menos mejorando o intentándolo—, y no por eso privarse de hablar de la situación del país. Se puede entrever en el aviso: la costumbre de anular el diálogo (aquí no se habla ...); y el individualismo (... estamos bien y mejorando); es como si significara: cuando se está «bien» no se habla de la situación del país.

Ser críticos —y esto es algo que todos admitimos— es algo que se logra ejerciendo la crítica. No hay que esperar a tener más conocimiento para empezar a cuestionar, con las herramientas que estén a nuestro alcance, al medio que nos rodea y a nosotros mismos. Si en un principio nuestras digresiones sobre los problemas no son profundas ni contundentes —y como ejemplo podemos tomar lo que he escrito— sí nos pone en la tarea aprender y conocer más de estos temas a partir de las inquietudes que no podemos más que dejar abiertas; el que no tengamos la respuesta a la mano no quiere decir que no merezcan por lo menos ser planteadas.

